

Mujeres e historia o sobre las formas de la escritura y de la enseñanza de la historia.

Morant, Isabel

Universitat de València

Resumen

Los estudios sobre la historia de las mujeres hicieron posible su “rescate” de los archivos y su lenta, pero progresiva, presencia tanto en la historiografía “sabia” como en la escolar. Esta ha sido una tarea desarrollada fundamentalmente por las historiadoras, que ha tenido ya su repercusión, aunque ésta sea aún parcial, en ambas dimensiones de la actividad historiográfica, en la investigación y en la docencia.

Los más recientes enfoques de esta historiografía, feminista en su origen, se centran actualmente, a partir de las aportaciones de la lingüística y del análisis del discurso, en el estudio de las distintas “representaciones” que sobre las mujeres hicieron los emisores de los

discursos filosóficos, morales o políticos de épocas preteritas. A través de esta operación epistemológica, la atención y las preguntas se han desplazado desde los “hechos” y las determinaciones materiales, que se consideraron previamente como muestras directas de la realidad histórica, hacia el análisis de las imágenes y las representaciones culturales que ya no son “datos” inocentes del pasado, sino “discursos” contruidos con intenciones diversificadas. Este último aspecto ha posibilitado reasumir el debate existente respecto de los planteamientos historiográficos que hacían de los principios y de los valores ilustrados bases indiscutibles de modernidad y de progreso. La historia de las mujeres ha permitido una mirada distinta, a menudo crítica y más “real” de nuestro concepto de modernidad.

De la historia de las mujeres a la historia de la construcción cultural de los géneros

Al usar estos dos conceptos juntos –Mujeres e Historia– queremos significar el hecho de que en los últimos años se ha consolidado una temática y un modo particular de hacer Historia, que se presenta bajo la denominación de historia de las mujeres. Con ello se hace referencia también a que esta es una Historia íntimamente ligada a la actividad intelectual de las mujeres. Se sabe que fueron ellas las impulsoras, las iniciadoras, y que, en general, han sido mujeres las que han hecho esta Historia. Lo que aquí nos interesa, sin embargo, es hacer una reflexión sobre el valor intelectual y didáctico de esta Historia, que hoy va más allá de haber cumplido con el objetivo primigenio de “hacer visibles a las mujeres para la Historia”. Para ello nos detendremos brevemente en comentar, junto con los orígenes y el recorrido, lo que creemos han sido los hallazgos, las aportaciones, de una “particular manera de hacer Historia”, que en Europa tiene ya una experiencia de más de veinte años.

La cuestión que se plantea a los estudios sobre las mujeres hoy no es ya, como lo fue en un tiempo, la de despejar dudas sobre su pertinencia y posibilidades. Estos estudios hoy son un hecho y existen como un campo del saber con espacio propio. Lo necesario ahora es hacer la Historia de esa Historia, de cómo han llegado a producirse

estos estudios, y explicar con ello los resultados obtenidos por la intervención de las mujeres en la escritura de la Historia porque, como veremos, el saber al que ha dado lugar la historia de las mujeres, si bien plantea temas nuevos, conecta íntimamente con el saber de las ciencias humanas y sociales. Es en esta medida un modo particular de interrogarse sobre la sociedad, sus relaciones y sus conflictos. Un saber, pues, que no concierne sólo a las mujeres como a menudo se cree. Por ello la pregunta que formulamos e intentaremos responder es qué tiene que ver la historia de las mujeres con los desarrollos de la Historia, qué significan y qué aportan, tanto al actual debate intelectual de los investigadores sociales como al uso social de la enseñanza de la historia, los estudios que en su día promovieron las mujeres. Qué utilidad comprensiva ha significado la idea organizadora de los estudios de las mujeres al hacer de la “diferencia de los sexos” un objeto de estudio y un modo distinto de abordar el análisis social. Así pues, se trata de saber qué cuestionan o qué aportan los estudios de las mujeres a las distintas disciplinas en que están introducidos y en qué manera pueden enriquecer la historia enseñada.

¿Qué significan, por ejemplo, para el desarrollo de la Historia los estudios que se originan y se sustancian a partir de esta denominada historia de las Mujeres? Es una pregunta que no parece pertinente cuando se desconoce la

existencia de un debate teórico suscitado desde la historia de las mujeres y que hoy concierne a la Historia. A menudo los historiadores que practican la disciplina o los docentes que la enseñan la definen por los temas que trata, la señalan como una Historia “dedicada a asuntos particulares” y no, como realmente es hoy, “un modo particular de hacer Historia”. El desconocimiento ocurre aun en el caso de historiadores que trabajan en los mismos temas y utilizan los mismos materiales documentales.

Todo ello nos indica que hay un trecho largo entre entender una demanda justa, que las mujeres entren en la Historia como sujetos, y sentirse intelectualmente concernido, e interesarse por saber a qué ha conducido el poner en acto la voluntad actual de las mujeres de existir para la Historia. Conviene adelantar que es esta última manera de ver las cosas la que domina la historia de las mujeres y es con sentido integrador como se trabaja hoy en el campo de estudios que genéricamente hemos denominado “de las mujeres”. Si éste no fue el punto de partida dentro del feminismo teórico, sí parece que acabará siendo el punto de llegada, la consecuencia de un recorrido en el que se ha puesto de manifiesto que existen unos caminos más fértiles que otros en la tarea de hacer estudios sobre las mujeres. En el campo de la Historia esto sucede al abandonar las formas habituales, las maneras simplificadas de entender el hacer de la historia de las

mujeres. De ésta se ha dicho que no es, en modo alguno, un mero “agregar mujeres” a la Historia, ni se resuelve con descubrir y dar cuenta de unos documentos “específicos” que las nombren. Ni es el resultado de forzar las teorías al uso de las ciencias sociales para hacer entrar a las mujeres, como ocurre cuando queriendo ser menos empírico y más explicativo el historiador busca apoyarse en los presupuestos de la historia económica, social y política. En este sentido han sido insuficientemente explicativos los ensayos que han usado las categorías del marxismo, del psicoanálisis, o los planteamientos tradicionales de la biología, sin mayores reflexiones. Estos eran, como se ha dicho, caminos poco fértiles que cerraban, más que resolvían, las cuestiones, los interrogantes que se planteaban en aquellos momentos en que las mujeres iniciaban el debate con la Historia.

Lo que movilizó realmente el conocimiento fue el debate que acompañaba a la práctica de los estudios, de las investigaciones que se constituían alrededor de un objeto genérico: la Mujer. Lo cual, pensado en singular y en mayúscula, en una primera etapa, remitía al sexo como algo que unía genéricamente a todas las mujeres y, como consecuencia, hacía que se prestara atención a la diferencia de los sexos como hecho explicativo de las diferencias sociales existentes entre hombres y mujeres. Y a que se diera cuenta del hecho de que la diferencia sexual de las mujeres aparecía tematizada una y otra vez, con obsesiva insis-

tencia, en los textos de todas las épocas y culturas. Como ha indicado el antropólogo Maurice Godelier:

“no es la sexualidad la que obsesiona a la sociedad, sino la sociedad la que obsesiona a la sexualidad del cuerpo. Las diferencias relativas al sexo entre los cuerpos son evocadas continuamente como testimonios de relaciones y fenómenos sociales que nada tienen que ver con la sexualidad. Y no solo como testimonio de, sino también como testimonio para; en otras palabras, como legitimación”.

Las historiadoras debían reparar en ello y buscar en los documentos que leían los rastros culturales dejados en el empeño de construir las diferencias entre los sexos y darles significado. Porque comenzaba a saberse que aquella profunda diferencia, si bien parecía que había marcado a fuego el “ser” y el “existir” de las mujeres de todos los tiempos, era una diferencia cultural e histórica. Una diferencia que mirada atentamente descubría a sus autores, al revelar las prácticas culturales mediante las cuales las sociedades construían las diferencias entre los sexos. Por ello el sexo no podía ser ya considerado como una variable “neutra” cuando se trataba de comprender a los humanos en sus relaciones sociales. Como ha señalado Pierre Bourdieu, la división del mundo, basada en la diferencia entre hombres y mujeres, es un asunto arraigado profundamente en la mente humana, es una creencia com-

partida, un modo común de ver las cosas, de tal modo que *“las diferencias biológicas, y sobre todo las que se refieren a la división del trabajo de producción y de reproducción, actúan como la mejor fundada de las ilusiones colectivas”* (Scott, 1990).

Lo que se concluía de estas reflexiones era que esa “ilusión colectiva”, para constituirse y mantenerse, ha necesitado de todo un trabajo de producción y de reproducción de “las diferencias entre los sexos”, del cual dan cuenta textos y documentos, si se contemplan con perspectiva y se busca dar sentido al trato profuso que la Historia, la Literatura, la Filosofía, el Arte o las Ciencias de todos los tiempos han hecho de la feminidad y de su diferencia con la masculinidad. Dar sentido también al hecho de que esto se haga connotando elementos de imperfectibilidad, negatividad y sumisión para las mujeres, o simplemente de diferencia que sirve para situar a las mujeres en contraste desfavorable con los hombres. De tal modo que cuando se alude a ellos, en los mismos u otros textos, se les trate con un sentido tal que ellos aparecen, no sólo en contraste con la feminidad, sino también como medida de las cosas perfectas o perfectibles.

En su trayectoria, la historia de las mujeres encuentra un obstáculo fundamental en las imágenes “positivas” y “negativas” con que cultural e históricamente se ha connotado a uno y otro sexo. Imágenes fabricadas en los textos que visualizan a los hombres, desde la

Antigüedad clásica a la Ilustración moderna, en positivo; a ellos se les conceden las mayores capacidades -moral y mental- y en consecuencia se les adjudican las tareas superiores, el uso masculino y exclusivo del espacio público y del ejercicio del poder. En los mismos textos, la negatividad y la debilidad femenina se representan con sus imperfecciones-moral e intelectual- que, en algún caso, incluye una debilidad física que no excluye la belleza, usada a menudo para significar moralidad. Todo un cúmulo de imágenes encaminadas a referir “esencias invariables” y “lugares comunes” a todas las mujeres. Implícitamente, al tratar de dar explicaciones últimas sobre las diferencias, a la mujer se la reconoce en su sexo y todo en ella parece girar alrededor de su bello cuerpo; todo lo que es y hace parece proceder y determinarse por el sexo de su cuerpo. Así, según las representaciones de los textos, pensar y referir a las mujeres era pensar y referir lo que pertenecía al “sexo” natural e invariable de las mujeres de todos los tiempos. Su “ser” y su “existir” parecían estar igualmente esculpidos en sus cuerpos, cuando de las mujeres se trataba. Un cuerpo hermoso pero imperfecto, un peligro siempre para el correcto actuar de la mente y la conciencia. El hombre y sus imágenes no parecían estar igualmente anclados, determinados “en última instancia” por su sexo.

El problema para la incipiente historia de las mujeres fue que las represen-

taciones sobre los sexos y sus diferencias se transmiten en el tiempo y arraigan en las culturas cuando son funcionales, llegando a estar tan presentes, a ser tan habituales, que la locuacidad de los textos que las expresan no produce extrañeza en quienes los leen. Producían incluso empatías y reconocimiento y, como consecuencia, convenciones y conformismo con aquellas imágenes que no eran sino ilusiones. Pero ilusiones afirmadas, “la mejor afirmada de todas las ilusiones colectivas”, como se ha dicho. De tal modo “naturalizadas” que la colectividad alcanzaba a todos, y los investigadores de las ciencias sociales no habían reparado en las diferencias de los sexos o, si las habían visto, no las habían destacado como asunto que les concerniese. Sus teorías eran “ciegas” para la contemplación y la explicación de las diferencias, como Habermas reconocía en referencia a su indagación sobre la sociedad moderna. Para el feminismo, en cambio, la cuestión residía en emprender la tarea de conceptualizar la diferencia genérica de las mujeres o las diferencias de los sexos. En abandonar la “neutralidad” que no producía claridad en las explicaciones y usar el sexo como categoría interpretativa. La tarea sería finalmente útil para las ciencias sociales en general y para la Historia en particular, tanto en su dimensión investigadora como en la docente. Así fue como, a impulsos del movimiento de emancipación de las mujeres, surgió un feminismo teórico que emprendió, en su

momento, esta tarea de buscar instrumentos analíticos capaces de llenar el vacío que se observaba en las ciencias sociales a la hora de explicar la cuestión de las mujeres. Las reflexiones habidas entonces sobre el género como concepto, como categoría útil para clarificar un objeto de estudio y poner en práctica unos procedimientos, ejemplifican y resumen la tarea. Joan Scott, una de las teóricas más conocidas del feminismo y además historiadora, indicaba del siguiente modo las distintas acepciones con que la historia de las mujeres usa el concepto:

“El término género forma parte de una tentativa de las feministas contemporáneas para reivindicar un territorio definidor específico, de insistir en la insuficiencia de los cuerpos teóricos existentes para explicar la persistente desigualdad entre mujeres y hombres... el género se usa hoy como un modo de categorizar a las mujeres como colectivo socio-cultural y como modo de pensar y analizar los sistemas de relaciones sociales como sistemas también sexuales...el género sirve también para interpelar a las ciencias sociales en la medida en que no han producido, en el pasado, un saber sobre las mujeres, puesto que no llegaron a destacarlo como problema teórico”. (Scott, 1990).

El género es, pues, “una imagen intelectual”, “un modo de pensar y de estudiar a las personas”, una herramienta analítica que nos ayuda a descubrir áreas de la Historia que habían sido

olvidadas. La historia del género amplía las perspectivas de la Historia al establecer, a partir del interés por las mujeres, una serie de preguntas que antes habían sido omitidas sobre las relaciones entre los grupos humanos. Las mujeres, pensadas como género, permiten también, por ejemplo, pensar a los hombres como grupo cultural y social, del mismo modo que las mujeres pueden ser analizadas en su diferencia o en la relación que mantienen con otros grupos de edad o condición social. El objetivo sería “un enfoque de la Historia general que no sea neutro con respecto al género sino que lo incluya, porque la historia de las mujeres es la Historia del género por excelencia”. (Bock 1991).

Entre los historiadores, Joan Scott lo ha elaborado de manera fructífera en un artículo significativamente titulado “El género, una categoría útil para el análisis histórico” (Scott, 1990). Del mismo nos interesa subrayar la idea de que el uso del género que propone busca sortear los determinismos pre-establecidos y el modo de revelar las acciones sociales que afirman las diferencias sexuales, demostrando el carácter cultural de la feminidad. Al historizar el género, decía Scott, el trabajo de la historiografía feminista contribuye a romper con la imagen de evidencia y necesidad que se da desde la historia de las mujeres, cuando ésta se limita a constatar las permanencias en lugar de poner al descubierto su historicidad y su contingencia. Así pues, como dice Scott, en el artículo mencionado, “había

que poner el acento en descubrir no ya las raíces necesarias, sino los procesos históricos por los cuales una sociedad construye sus diferencias”. Con ello señalaba todo un programa de trabajo para la historia de las mujeres y formulaba la hipótesis de que las diferencias sexuales, en sus modos históricos concretos, no eran necesidades humanas insoslayables. Eran, más bien, movimientos del poder manejando y construyendo las realidades.

El debate sobre las categorías y sus usos ocurría en América y se transportaba a Europa con rapidez, pues el feminismo fue siempre internacional o, más bien, transatlántico. Mientras las historiadoras feministas, en Europa, vinculaban más estrechamente el debate teórico a la práctica investigadora de producir textos de historia de las mujeres. Su empeño y su obsesión era entonces analizar los resultados, pensar sobre la pertinencia y la cualidad de lo producido y revisar, en consecuencia, los procedimientos empleados en la historia de las mujeres. En el camino iba a ser obligado abrir un debate con los procedimientos de la Historia, en la medida en que los modos habituales de escribir la Historia no habían logrado hacer visibles a las mujeres. Este debate no se daría en el seno de la Historia, no implicaría a los historiadores, pues éstos no parecían estar interesados en la historia de las mujeres, al menos en sus momentos iniciales. Con el tiempo las relaciones iban a ser distintas.

Pensar de otro modo la Historia (de las mujeres).

El empeño intelectual propiciado por las mujeres tenía como objetivo genérico producir visibilidades nuevas y devolver a las mujeres a la Historia. En un primer momento, ello solo parecía posible si se restituía la historia a las mujeres, a sus preguntas y a sus puntos de vista porque, decían ellas, había hecho falta la “emergencia” de un nuevo sujeto de conocimiento, las mujeres, para desvelar los problemas sociales ocultos para la ciencia. Eran las mujeres, se decía, las que ahora mostraban la intencionalidad, las que tenían la voluntad necesaria para “pensar de nuevo a las mujeres”, para abordar su Historia. Ello, como se vería enseguida, iba a requerir “enfrentarse de otro modo” a la Historia, separarse críticamente de los modos de hacer Historia que se practicaban habitualmente en los centros universitarios.

Lo primero que parecía evidente a las historiadoras que habían asumido la tarea es que se podía escribir una Historia con los materiales que los historiadores habían despreciado. Con su silencio sobre las mujeres, los historiadores habían hecho de lo que pertenecía a ellas asuntos irrelevantes, temas menores, “l’histoire sans qualité”, como la denominaron entonces M. Perrot y las historiadoras feministas con las que trabajaba. Este colectivo sacó a la luz un texto sobre mujeres que habían tenido actividades relevantes en el

campo intelectual, social o político, pero a las que los libros de Historia no habían concedido protagonismo. Las autoras escribieron sobre ellas como contrapunto y demostración de que, en el mundo académico, la práctica de una Historia de marcada tendencia universalista tendía a ocultar a las mujeres, cuando no a “abandonarlas” a sus imágenes de sujetos irrelevantes para la Historia. Con significativa intencionalidad, con ironía, titularon el libro *L'histoire sans qualité*, y escribieron la palabra historia en minúsculas. (VV. AA., 1979).

Por otro lado se señalaba que cuando, en el mejor de los casos, los historiadores pretendían integrar a las mujeres, usaban el procedimiento de “añadirlas” en algún lugar de los libros de Historia, tanto en el caso de las monografías como en el de los manuales escolares. El resultado era que la Historia, que así las contenía, las disminuía como sujetos activos, porque las historizaba en relación y en comparación con los hombres, acompañando a los hombres en sus quehaceres propios. Eran las trabajadoras de la historia del movimiento obrero, las madres de las familias extensas o nucleares de la historia social, o aquellas mujeres que en algunos momentos fuertes de la Historia habían acompañado a los hombres. Era una Historia de corte masculino, en la que el varón daba la medida de los temas que debían ser tratados, una Historia que trabajaba con la conciencia implícita de la jerarquía masculina,

de tal modo que daba por sentado que había una correspondencia entre varón y “espacios fuertes de la Historia”. Puesto que las diferencias entre los sexos no eran objeto de indagación, los resultados no decían sino obviedades sobre las mujeres, a saber, que habían trabajado en todos los tiempos, habían nucleado las familias, asumiendo las tareas correspondientes y habían participado en los asuntos de las guerras y otros conflictos. Como los hombres, podía añadirse, aunque “menos que los hombres”, porque ellas no eran iguales que los hombres y eso se sabía, era la causa de esa “menor” Historia. La respuesta inmediata era que algo más se debería poder hacer en esta tarea por “devolver las mujeres a la Historia” y, en este contexto, “devolver la Historia a las mujeres” pareció una condición necesaria para movilizar el saber sobre las cuestiones que habían comenzado a formularse desde la teoría feminista. Porque la polémica interesante para la Historia era la que provocaba el impulso teórico feminista pugnando por desarraigar la historia de las mujeres de las identidades prefijadas, de la cuestión de los orígenes y del progreso lento en que la sumía la Historia de larga duración. Consecuencia de ello fue que la historia de las mujeres se situara a distancia de esa Historia, con mayúsculas, que era la Historia que trabajaba con modelos macropolíticos o macroeconómicos, con estructuras impersonales o con las divisiones sociales preestablecidas que diferenciaban

unas clases de otras. Los presupuestos básicos de esa Historia impedían abordar cuestiones nuevas; dejaban en el mismo lugar en donde los habían encontrado los nuevos interrogantes que la historia de las mujeres comenzaba a abrir para la Historia. Porque trabajaba con la conciencia implícita de que la justicia para las mujeres era su equiparación con el hombre, y que con ella se produciría su llegada a la Historia. Mientras tanto, en la espera del día lejano de la justicia o la libertad para las mujeres, la única Historia que se podía escribir de ellas era muy poca Historia, era una triste historia.

La historia de las mujeres, por el contrario, se mostraría más inquieta, menos conforme, y ello a causa de que el suyo era un proyecto intelectual que reconocía abiertamente sus objetivos políticos: escribir una Historia que diera confianza a las mujeres. Por eso elegía indagar en otros dominios y de otro modo. Se trataba de identificar y medir la presencia de las mujeres en lugares, instancias y papeles que les habían sido propios en el pasado, en un intento tanto de “compensar” la ausencia de la mujer en los espacios sociales estudiados por la Historia convencional como de “desvelar” la presencia de la mujer en otros lugares y otras tareas. En espacios sociales que, en adelante, debían interesar tanto a la investigación como a la enseñanza de la historia, porque en ellos tenían lugar momentos importantes de la vida de los hombres y las mujeres. Eran los espacios privados

de los rituales cotidianos de la vida familiar y comunal, en donde las gentes nacían, vivían y morían, y en los que se ponía de manifiesto el protagonismo femenino. Otro lugar para privilegiar el análisis fueron los estudios de historia social, que demostraban la presencia y el protagonismo femenino en momentos importantes de la vida política, amén de las biografías femeninas y los relatos sobre mujeres singulares. Las investigaciones podían mostrar ahora unas identidades femeninas que no pertenecían a los modos habituales de sumisión y dominación. La historiografía feminista, por ejemplo, era crítica con la vieja y arraigada dualidad hombre-poder, mujer-sumisión, con la imagen de poder contenido en este dualismo. Un poder unidimensional, inamovible e ineludible para las mujeres. Un poder masculino y por tanto exterior a las mujeres, siempre padecido, nunca ostentado, ni siquiera en el ámbito de lo privado, de los sentimientos, de la vida amical o familiar. Una fuerza a la que las mujeres se habían sometido siempre, ya fuera porque le habían prestado su consentimiento resignado o porque le habían hecho frente reactivamente, como podía haber ocurrido en el mejor de los casos.

En la elección de unos temas frente a otros, de enfoques diferentes, había una intencionalidad manifiesta. Se pensaba que se podían producir imágenes de acción voluntaria de las mujeres, en contraste con los temas habituales que remitían al relato de la sumisión o

la marginación social. No es posible pensar, se decía, que el deseo de libertad del que los historiadores dan cuenta en los hombres del pasado no hubiera sido también un deseo y una posibilidad para las mujeres. Y para demostrar esto, la historia de las mujeres mostraba sus preferencias por el estudio de las mujeres emergentes, protagonistas de su propia vida o implicadas solidariamente en la vida de los demás, por las biografías que ofrecían estrategias inatendidas. Con ello se buscaban resultados más gratificantes para la historia de las mujeres y se realizaba un acto deliberado por parte de unas historiadoras que buscaban crear “confianza” en el grupo de mujeres al que pertenecían y con el que se sentían obligadas. La condición subjetiva de su trabajo, su implicación vital en un proyecto de búsqueda y de investigación, quedaba de manifiesto en la idea de que la Historia de las mujeres podía y debía ser leída y enseñada de otro modo. En su día ésta era una actitud fuertemente criticada desde fuera, en nombre de la objetividad, de la frialdad de la razón científica. Hoy estas afirmaciones de confianza en la “razón objetiva” de la ciencia están fuertemente rebajadas, en parte debido a los actos afirmativos como el que mencionamos de la historia de las mujeres. Reconocer los límites de la objetividad y el grado de subjetivismo que toda actividad pensante comporta, ha sido un modo de aflojar la tiranía de la “verdad” y, por tanto, ha abierto caminos de libertad, a

los que esta incipiente historia de las mujeres no fue ajena. En la distancia podemos valorar que gracias a ello se trataron cuestiones nuevas, se trabajaron otros materiales y se movilizaron los contenidos de la Historia.

El problema para la historia de las mujeres no estaba en su voluntarismo por producir imágenes positivas, por dar valor a lo que había carecido de cualidad para la Historia. La cuestión residía en cómo producir explicaciones convincentes, más allá de lo que eran constataciones que parecían obvias sobre la diferencia de los sexos y la relación de dicha diferencia con la dominación masculina. La historiografía feminista, pues, debía ir más allá de las imágenes que mostraban, en fondo negativo, a la “mujer de todos los tiempos”. Mujer que se escribía en mayúsculas y se entendía como generico y que por ello parecía que remitía a los imponderables de la “naturaleza” y “el destino”. Para la historia de las mujeres se trataba de distanciarse de estos esquemas habituales y de producir un saber que diese cuenta del proceso histórico por el que se habían constituido las identidades y los modos de vida de las mujeres, de pensar las diferencias sexuales, y no únicamente de documentarlas en positivo o en negativo. Ello obligaba a reflexionar sobre el modo de hacer, y también de enseñar, aquella historia, sobre instrumentos metodológicos y didácticos adecuados para ella. Lo que implicaba, como se dijo entonces, producir un debate con-

ceptual convincente, que permitiera salir a la historia de las mujeres de los lugares comunes en que la situaban las convenciones teóricas afirmadas entre los historiadores. Así pues, era necesario acompañar la escritura de la historia de las mujeres de un debate teórico, que debía comenzar por dejar en suspenso los juicios emitidos y las certezas justificadas.

La representación de las mujeres.

En apartados anteriores hemos descrito el esfuerzo de la historia de las mujeres por crear su objeto de estudio, por formular las preguntas del modo pertinente y establecer un debate teórico con el que movilizar el conocimiento sobre las mujeres y sobre la construcción histórica de las diferencias entre los sexos. En el camino se iban dejando atrás las indagaciones sobre las causas “originarias” y sobre las “determinaciones” últimas de las diferencias históricas entre los sexos, en favor del estudio de los procesos culturales por los cuales estas diferencias se habían construido y reconstruido históricamente. El acento se ponía ahora en analizar cómo, (más que el por qué), habían ido apareciendo y cambiando las formas de concebir y nombrar a uno y otro sexo. Con ello se buscaba demostrar el carácter “cultural” de la identidad genérica que se atribuía a las mujeres desde determinados modos de interpretarlas

para la Historia. Michelle Perrot comentaba así el debate y la crítica feminista al respecto:

Frente a una definición biologicista o naturalista de lo masculino o lo femenino, la mayor parte de las autoras de esta historia (de las mujeres) ha optado por una definición cultural e histórica. A la manera anglo-sajona, distinguiendo sexo (biológico) y género (cultural) y privilegiando la búsqueda de esto último, por ser la única categoría visible para la Historia”, añadiendo que “la construcción del género se origina en las relaciones de poder, por obra del despliegue de imágenes en la organización simbólica del universo, sea este el más transcendente o el más familiar”. (Perrot-Farge, 1992).

La mujer, se afirmaba, era lo que la “Cultura”, con mayúsculas, había hecho de ella. Y la historia de las mujeres debía tomar como objeto de análisis el modo en que todo aquello “cultural” había sido dado a las mujeres y las había constituido como un género. En ello estaba implícita la idea de que el “género cultural” era algo impuesto a las mujeres y que los atributos y cualidades genéricas eran originadas desde instancias exteriores, desde las relaciones sociales que implicaban el ejercicio del poder, la acción e influencia de los poderes dispersos, actuantes en una sociedad. La historia de las mujeres, se resumía, debía ser la Historia del modo en que las imágenes culturales con que se representaba a las mujeres fueron

construidas en el pasado y de la forma en que estas imágenes llegaron a ser reconocidas como próximas y remi-
tentes a la “realidad” de las mujeres. Hay que hacer notar que en esta visión de las cosas quedaban disminuidas las “mujeres mismas”, las manifestaciones culturales derivadas de las “cualidades” o de las “experiencias” propias de las mujeres.

La historia de las mujeres encontraba en su tarea imágenes afirmadas, recurrentes, que se imponían al historiador como evidencias incuestionables. Eran imágenes fuertes que, sin solución de continuidad, se desprendían de lo que parecían ser los documentos pertinentes para hacer la historia de las mujeres. Esto era del todo evidente cuando se trataba de los textos usados en el hacer de la historia cultural (médicos, filosóficos, morales, políticos, etc.) que, como se comprobaba de inmediato, habían sido sumamente locuaces en el tratamiento de las cualidades físicas y de las condiciones sociales de las mujeres, en todas las épocas de la Historia. En un primer momento, en la práctica de la historia de las mujeres, ésta se limitaba a dar cuenta de la letra de los documentos y de las imágenes que éstos suscitaban por sus contenidos, y se hacía muy pocas preguntas sobre cómo interpretar las afirmaciones de aquellos textos, o sobre cómo enfrentarse con las imágenes que los documentos de la Historia transmitían. El problema más bien parecía estar en la verosimilitud de las propias imágenes: ¿cómo con-

formarse con ellas, siempre tan negativas?, ¿cómo aceptar el tratamiento que se daba a las mujeres en la literatura misógina, por otro lado tan presente en los primeros estudios feministas?

Ciertamente la historiografía feminista se posicionaba ideológicamente, rechazando las imágenes negativas, señalando así que aquellos textos no hacían otra cosa que dar cuenta de una ideología, periclitada o despreciable, según el talante de la persona que trabajaba el texto. La tarea de exhumar los textos con la intención de denunciarlos permitía augurar cambios para el futuro, lo cual tranquilizaba muchas conciencias. Sin embargo, no daba muchas satisfacciones sobre la Historia que se producía y se enseñaba, en la medida en que las páginas que se redactaban, tras la lectura de los textos, se convertían en una repetición monótona de ideas conocidas y repetidas de una época a otra. Ello se traducía en una Historia que, al dar cuenta de las imágenes que rechazaba, parecía sentenciada por el modo de ver las cosas de los hombres más misóginos y, en este sentido, no hacía sino explicar la razón misógina de una época.

Por otro lado, la mirada masculina sobre las mujeres no ha producido solo imágenes en negativo, ni siquiera uniformes y unívocas. Las imágenes que la historia de las mujeres encontraba en su tarea de exhumar los textos no eran siempre las negativas o grises que producía la lectura de los textos morales o normativos o de las opiniones ver-

tidas en los textos solemnes de la ciencia. Había también otras imágenes contrarias, producidas por discursos laudatorios que señalaban las cualidades positivas de las mujeres. Manifestar sus excelencias era el motivo de la literatura cortés y amorosa o de la literatura que glosaba la santidad y el heroísmo de las mujeres. En este segundo caso, las impresiones eran más positivas para la historia de las mujeres, pero no por ello la lectura era menos problemática, si se reparaba en que los elogios venían siempre referidos a lo que se nombraba como cualidades “femeninas”, y perseguían crear impresiones fuertes en la conciencia de las gentes a las que iba dirigida esta literatura. En esta línea, lo que era relevante para la historia de las mujeres eran las imágenes mismas, el hecho de que la Historia estuviera repleta de ellas. Se comprobaba de inmediato que cada país, cada cultura y cada momento histórico había tenido y manejado imágenes, muchas veces semejantes pero a menudo particulares para referir a las mujeres. En todos los casos se trataba de imágenes fijadas, permanentes, repetidas, que parecían transmitidas de unos textos a otros y que parecían decir la “verdad” de las mujeres. Porque se suponía que los textos daban cuenta del pensar y sentir de las gentes de la época y se suponía que los lectores se identificaban con las imágenes de los textos.

Había pues que comprender el porqué de estas imágenes, comenzando

por hacer visibles las diferencias que se observaban no solo en el tiempo sino también de unos a otros espacios culturales. Había que comprender, por ejemplo, cómo, en Francia, se daban en la literatura culta imágenes positivas de las mujeres de la aristocracia. Mujeres educadas que viven en estrecha relación con el mundo de los hombres, “mujeres en libertad”, tan reales como imaginadas por los que escribieron su Historia. Mientras, en España, como en Italia, no existen apenas imágenes femeninas de este estilo y la “positividad” de las mujeres aparece construida de otro modo. En nuestra sociedad y en nuestra Historia hemos destacado a las santas y a las mujeres heroicas por su pureza sexual o por su abnegada moralidad; son las mujeres de la religión, las mujeres célibes o castas hasta la extenuación o el martirio. Son sus figuras opuestas, y a la vez complementarias, las mujeres heterodoxas, las beatas sospechosas, las brujas, las curanderas. Y en el convento, mujeres inquietantes, de desviada sexualidad. El por qué de estas imágenes no era evidente. ¿Eran las mujeres temibles realmente?, ¿nos autorizan los textos a reconocer la bondad o peligrosidad “real” de las mujeres de una época o de una clase social o más bien hemos de leer en las imágenes otros significados, por ejemplo el temor de los hombres o el temor de la comunidad ante las diferencias sexuales?

La relación o la separación, la diferencia en suma entre imágenes y reali-

dad no siempre resulta evidente en la lectura de los textos. La diferencia, por ejemplo, no se establece claramente en un libro, por lo demás hermoso, de Carmen Martín Gaité, sobre las prácticas amorosas de las mujeres de la corte, que lleva por título "*Usos amorosos del siglo XVIII*". Del libro nos interesan las imágenes femeninas que su autora evoca, a partir de la lectura de una amplia literatura de la época. Las imágenes de una aristocracia femenina que Martín Gaité revela con tonos negativos, mujeres absurdas y de pocos vuelos, señoras aniñadas que se hacen acompañar por hombres jóvenes insustanciales como ellas, los llamados en la época "cortejos". Amigos para el ocio o amantes encubiertos, de unas gentes que no pueden más que ocultar hipócritamente la conducta amorosa que practican.

En todo caso, estos cortejos españoles son, si se les compara, pálidos reflejos de las pasionales parejas descritas en la literatura del país vecino. Allí los amantes se muestran en público y hacen loa de sus amores, porque era una moda de las gentes del gran mundo o un hábito sentimental arraigado en la época.

Lo que Carmen Martín Gaité no valora al usar los textos que la informan es su procedencia, el hecho de que son moralistas e ideólogos los que hablan. En el caso español lo que se refiere a las mujeres y sus prácticas amorosas se debe a la pluma de sus detractores. Los autores de las "negativas" imágenes

femeninas son los moralistas católicos, por un lado, y los reformadores sociales, por otro. Unos y otros "enemigos" declarados de las mujeres en general y enemigos de las aristócratas en particular, en el caso de los "reformistas" burgueses. Los clérigos desconfían de todas las mujeres y por ello critican su conducta moral de modo genérico. Mientras, los hombres bien pensantes, los buenos burgueses, critican de modo preferente a las mujeres de las clases altas, de las que desconfían en mayor medida que de las otras mujeres. En este caso, la sátira que se vierte sobre las mujeres las trasciende y se convierte en un modo de vilipendiar a los hombres de la aristocracia, una clase a sus ojos ociosa y despreocupada a la que se desearía ver humillada. En Francia, en cambio, son los ilustrados, los autodenominados "amigos" de las mujeres, los que las representan en estrecha relación con las mejores ideas de la época, con las ideas de educación y progreso de la ilustración francesa que ellos dicen representar. Es evidente, pues, que en uno y otro caso la posición política y las ideas enfrentadas interferían en la apreciación de las mujeres. Estos ejemplos nos permiten insistir en que la historia de las mujeres, hasta fechas recientes ha reproducido las imágenes de los documentos, sin desconfiar de ellos, por la nitidez que parecen tener las imágenes cuando están afirmadas y legitimadas por el acuerdo que les dan los textos y parecen formar parte de los legados culturales de un país o de la tradición

historiográfica de una época. Y ello se debe a que la historia de la Cultura, como la historia de las mujeres, no ha sido siempre suficientemente inquisitiva con los textos y sus imágenes y ha realizado lecturas determinadas e insuficientes de los materiales del archivo.

Todo esto indujo a la historia de las mujeres a dejarse influir por las disciplinas del lenguaje que señalaban la complejidad de los textos culturales y criticaban el uso reductor que de ellos se hacía en la escritura de la Historia. Se planteaban como consecuencia una serie de cuestiones epistemológicas pendientes entre los historiadores, que conducían a revisar la seguridad otorgada al archivo y a aceptar las críticas del modo reductor con que abordaban la lectura de los textos literarios en sentido amplio. En lo referente a las mujeres, más que en otros temas, los historiadores parecían incapaces de desprenderse de la inmediatez de lo que leían en los textos. Habitados a sus contenidos o fascinados por su estética, empatizaban con ellos casi siempre, quedaban atrapados en la literalidad de lo que se decía sobre las mujeres. Reales o no, las imágenes parecían evidentes y quedaban afirmadas en la pluma del historiador, que, al repetirlas sin más, subrayaba su contenido ya se tratase de los discursos coactivos de la religión o de los discursos persuasivos de la razón.

De este modo se ampliaban las operaciones discursivas del pasado, se ponía eco y amplificadores a unos dis-

ursos sobre las mujeres que, si bien eran discursos fuertes y contenían ideas bien conocidas, no se fundamentaban más que en la palabra escrita de sus autores. Discursos que decían una “verdad” producida por los hombres y por las mujeres, cuando estas últimas escribían sobre sí mismas. Se podía defender que los textos “reflejaban” lo que estas gentes habían creído o imaginado sobre las mujeres, o lo que su deseo o su sentido moral esperaban del sexo femenino. Asimismo, se podía matizar que la “verdad” de lo que decían en sus escritos no pertenecía particularmente a sus autores y no era, por tanto, un hecho enteramente subjetivo, sino que era la verdad de una época, que era el modo particular de definir y de nombrar a las mujeres en un momento histórico dado.

Pero aun así comenzaba a ser evidente que la historia de las mujeres no podía reducirse a dar cuenta y a otorgar credibilidad a unas ideas a las que la escritura había dado soporte y los hábitos del tiempo habían ayudado a permanecer. Por el contrario, debía poner en evidencia que las palabras que trataban a las mujeres y los discursos que las contenían eran más que “verdades o realidades”, modelos, tipos ideales, conceptos cargados de significado creado por la imaginación discursiva de los autores. En consecuencia, era lógico pensar que las mujeres “reales” no siempre se ajustaban a los discursos que las definían, como se observaba críticamente desde la historia social. El “vivir” de las mujeres, sus posibilidades

y sus estrategias de vida, no se desprendían de aquellos documentos, se decía desde una historia social que, como es sabido, tenía sus propios caminos teóricos y sus modos de trabajar el archivo. En historia de las mujeres se apostaba por la búsqueda de los “hechos” de la vida vivida, más que por la indagación sobre las palabras “dichas”, sobre la vida pensada. Sin embargo, la historia de las mujeres, al menos una parte de ella, no aceptaba el abandono de los textos culturales, como se proponía desde posiciones afirmadas de la historia social. Bien al contrario, seguía trabajando con ellos, no siempre con acierto, hasta que no hubo asimilado las enseñanzas traídas por la práctica de trabajar con los textos, llegadas a la Historia desde las disciplinas literarias.

A partir de aquí fue obligado para la historia de las mujeres un distanciamiento de lo que habían sido las formas habituales de considerar los textos, heredadas de la historia del pensamiento de raíces filosóficas, que se centraba en la persecución de las ideas, y fue necesario un acercamiento a las “nuevas formas” de la historia cultural para establecer el uso correcto de los textos. Hubo también un distanciamiento de la historia social, que se desinteresaba a su vez del mundo de las ideas y del pensamiento y del uso de los textos, tan presentes estos en la historia de la cultura. Aquella, tras hacer una severa crítica a los excesos ideológicos de sus colegas, había tratado de corregirlos y trabajaba los temas culturales apoyán-

dose en los conceptos de utillaje mental y mentalidad. Aspectos estos últimos que parecían servir mejor a la historia de las mujeres, tal como se practicaba en Francia o en Italia, desde finales de los setenta. (Duby, Perrot, 1992).

Como consecuencia de estos problemas teóricos, aparecidos en el curso de su desarrollo, la historia de las mujeres ha marcado distancias con sus formas iniciales de enfrentarse a los documentos y muestra ahora un interés particular en la comprensión de los fenómenos lingüísticos y de los hechos literarios, planteándose en profundidad, entre las historiadoras feministas, la cuestión del lenguaje y sus imágenes. Aunque hay que matizar aquí que esto es un fenómeno limitado, en la medida en que el interés, por lo que se ha llamado “la lectura de los signos”, ha sido en gran parte suscitado por los debates americanos, suscitados allí por los cambios habidos, en los últimos años, en el seno de las ciencias del lenguaje y de las disciplinas literarias.

El feminismo americano ha sido una de las vanguardias de esos debates que han conmocionado el hacer de las ciencias sociales. Algo parecido ha sucedido en Europa, aunque aquí, desde la historiografía feminista, se haya hecho una lectura quizá menos reverente de Foucault, de Bajtin o de Barthes, que han sido, con Derrida, los mejores inspiradores del denominado “giro lingüístico”. Aunque, en líneas generales, podemos decir que la historiografía feminista más visible en Europa se

preocupa ahora más que en el pasado por conocer los métodos de análisis de textos aportados por la crítica literaria, que domina los estudios feministas en los EEUU. Como consecuencia, la Historia de las mujeres se muestra ahora más exigente en su trabajo con el archivo; menos confiada en su "realidad", más da la búsqueda de la relación que las palabras parecen tener con las cosas, y de la significación de las palabras con que los textos del pasado nombran y definen a las mujeres.

La consecuencia para la Historia ha sido la relajación y casi abandono de lo que fueron los primeros enfoques de la historia de las mujeres de la mano de la historia social, con un notable desplazamiento de la atención hacia los fenómenos culturales. Así, la historiografía feminista americana, al menos una parte importante de la misma, ha desplazado su atención "de los hechos de las mujeres" a las "representaciones", a los símbolos, a las imágenes que, más que traducirla, organizan la realidad de las mujeres. En palabras de Joan Scott, los historiadores sociales debían atender los retos epistemológicos que los emplazaban desde fuera de la disciplina y debían insistir en "*pensar los métodos*" y las "*formas de organizar el trabajo*", debían atender a "*los procesos*" y preguntarse con mayor frecuencia "*cómo sucedieron las cosas*" para comprender después por qué sucedieron así; debían buscar preferentemente "*la explicación significativa y no la causalidad universal*", como es habitual

que se haga en los estudios de la historia de las mujeres inspirados desde la historia social. Hay que admitir, sin embargo, que estos desplazamientos teóricos son fenómenos más enraizados en la historiografía americana que en la europea. Se trata de un "giro americano" que ha tenido una influencia distinta en los estudios de las mujeres en Europa.

Un asunto concomitante y relacionado con lo anterior, con el nuevo modo de entender los textos y sus contenidos, ha sido el cambio de actitud de la teoría feminista americana hacia las ideas de razón, progreso y modernidad, defendidas desde las teorías afirmadas de la Historia que se sustentan en estas mismas ideas. La historia de las mujeres ha extendido su "sospecha" hacia los discursos fundadores de la verdad de las mujeres, incluso a los discursos de libertad y de progreso pronunciados por los hombres en su nombre. Las empatías del feminismo, se dice, no van en general en el mismo sentido de las ideas que se expresan y se afirman en los textos culturales en los que se ha fundado la modernidad, pensada y realizada como espacio exclusivo de los hombres, que excluye a las mujeres, las cuales, en consecuencia, se muestran más proclives a rechazar que a recibir los fundamentos que no les pertenecen. Pero quizás el problema no reside ahora en condenar un discurso por su procedencia masculina o en rechazar los contenidos de la exclusión, sino en abrir un camino fértil para poder "*decons-*

truir las representaciones, el lenguaje, la propia mirada de los hombres” y también de las mujeres. (Perrot-Farge, 1992).

El debate de la Historia: Historia social versus Historia cultural.

La característica actual de la historia de las mujeres es su diversidad de planteamientos, los modos diferentes con que ahora se escribe esa Historia. Explicar todo ello nos remite a los debates por los que las mujeres construyen un modo de hacer la Historia. Uno es el debate interno del feminismo sobre qué hacer y cómo producir la historia de las mujeres; otro, el debate paralelo sobre la escritura de la Historia, en el que la historiografía feminista se adentra significativamente. Este último, como se sabe, ha revivido en las últimas décadas a causa de los desafíos epistemológicos llegados a la Historia de modo recurrente y ha significado un cuestionamiento crítico respecto de los “procedimientos” de los historiadores, con el modo en que éstos entienden y realizan la tarea de la “escritura de la Historia”. Este último aspecto ha implicado a la historia de las mujeres, como se ha dicho, y la ha incluido en los que son hoy los “nuevos” modos de la Historia, tal como se practican en el mundo académico, renovado como consecuencia de las crisis y rupturas metódicas que han modificado las posiciones afirmadas de

los historiadores. Así pues, en este momento las corrientes se entrecruzan en las orientaciones que se dan a los estudios de Historia, de los que forma parte la historia de las mujeres. Esta última sería un modo diferente de pensar y escribir la Historia, que ha sido influido de modo particular por lo que son hoy “las formas de la historia” según se practican en Europa y en América (Burke, 1993).

Como indica J. Scott, resulta significativo que el debate teórico en el seno de la historiografía feminista se haya dado en paralelo con los momentos de gran confusión epistemológica que sacuden las posiciones afirmadas de las ciencias sociales, que “*en algunos casos adopta la forma de una desujeción desde los paradigmas científicos a los literarios entre quienes se dedican a las ciencias sociales (desde el énfasis sobre las causas a otro centrado en el significado, con la discusión de los métodos de investigación), y en otros casos adopta la forma de los debates acerca de la teoría, entre quienes afirman la transparencia de los hechos y quienes insisten en que la realidad se interpreta y se construye*”. (Scott, 1990).

Es significativo el modo en que el feminismo americano ha estado en el corazón de todos estos debates, propiciándolos y dejándose influir por ellos. Se han producido, en consecuencia, cambios importantes en el modo de concebir el trabajo de hacer Historia, en este caso, de hacer historia de las mujeres. En Europa las cosas no han sido de

otro modo, la historiografía feminista ha producido sus debates, distintos si se quiere, porque son herederos de formas de pensar distintas de las americanas, pero, a la vez, íntimamente conectados con las cuestiones claves que recientemente han despertado de la mano de la nueva historia cultural. Si en un tiempo la cuestión definitoria del feminismo eran los temas a privilegiar, los espacios intelectuales a preservar como propios, hoy esto ha perdido vigencia y lo que centra las cuestiones y “divide” a la historiografía feminista son las posiciones que se adoptan en relación con los debates de la Historia, el modo en que la historia de las mujeres se posiciona en Francia, Italia o EEUU frente a las crisis y los debates que, en los últimos años, han cambiado sustancialmente las formas de hacer Historia. Ello es indicativo de que la teoría feminista se posiciona ahora, en mayor medida que en el pasado, en el interior de los debates teóricos de las ciencias sociales, de que trabaja en las cuestiones de estas “ciencias”, que ahora pertenecen también a las mujeres.

Un ejemplo paradigmático de lo que decimos es el modo en que la historia de las mujeres ha intervenido en lo que han sido las “crisis” y las “rupturas”, el debate abierto en el seno de la Historia, iniciado desde la historia social renovada de los años sesenta y continuado hoy por lo que se ha venido en llamar la “nueva” historia cultural. La historia de las mujeres maneja ampliamente los interrogantes y los desafíos, los proble-

mas recientes planteados en el seno de la Historia. La historia de las mujeres ha tomado posiciones en la batalla teórica y no ha sido en ello unánime. En la práctica, las historiadoras feministas han tomado posiciones diversas, movidas por sus afinidades, sus relaciones y sus alianzas con uno u otro modo de hacer Historia. En Francia o en Italia, por ejemplo, se han adoptado para la historia de las mujeres tanto los modos y planteamientos habituales en los historiadores que practican la historia social, como los de quienes practican la historia cultural, orientada ahora de un modo diferente y, a menudo, en confrontación abierta. En un caso se privilegia una Historia fuertemente empírica en su relación con las fuentes, centrada en los “hechos” de la vida “vivida”. En el otro, se insiste en la lectura de los textos y en el carácter “literario” de las fuentes. El acento se pone en el análisis de la construcción de las “representaciones” del lenguaje, tal y como hemos visto en páginas anteriores.

En referencia a los trabajos realizados desde la historia de las mujeres se ha señalado, de modo pertinente, que en ella se reproducen algunos de los problemas no resueltos que afectan tanto a la historia social como a la historia cultural, en cuanto que los estudios sobre las mujeres establecen dicotomías rígidas entre lo social y lo cultural, trabajando los temas separadamente. Por un lado están los estudios dedicados a hacer Historia de la “representación” de las mujeres (en la

literatura, la iconografía, el discurso médico, la filosofía y la ciencia). Por otro lado se trabaja sobre la socialización de las mujeres (en la familia, en el trabajo, en la vida asociativa). Este modo de proceder, se dice, reproduce para la historia de las mujeres la tradicional separación de la historia social y de la historia cultural, que remite a la división, igualmente tradicional en historia de lo pensado y de lo vivido. (Duby-Perrot, 1992).

De la misma manera, esta crítica, proveniente de la historia social, conecta con el debate interno de la historia cultural, crítica ella misma con el modo “clásico” de proceder de una Historia de las ideas de raigambre filosófica que, por su modo de entender el pensamiento, aísla los temas culturales y los abstrae de las condiciones materiales en que se producen. La llamada nueva historia cultural es crítica igualmente con el proceder de la historia de las mentalidades, cuando ésta parece empeñada en establecer, antes que nada y de modo directo, la determinación social de los fenómenos mentales (Chartier, 1992).

Sobre estas y otras cuestiones, la historia de las mujeres comparte problemas y polémicas con los historiadores. Significativamente, unos y otras se mezclan en el debate actual entre los lectores de “textos” y los historiadores de los “hechos”. En Europa, al contrario de lo que parece haber ocurrido en América, las historiadoras feministas mantienen fuertes vínculos con los de-

sarrollos de la historia social. Y desde sus presupuestos, a menudo, se ha visto con recelo el decantamiento por las aproximaciones de la historia cultural al modo de hacer de las disciplinas literarias, que de modo creciente practican las historiadoras, el interés, en suma, de la historia de las mujeres por las “representaciones” de las fuentes literarias y por las imágenes. Gianna Pomata, historiadora italiana que trabaja también en EEUU, ha dicho, refiriéndose al debate, que si bien “el giro” dado a la Historia por las teorías que los historiadores han incorporado sobre el lenguaje y sus significados, por lo que se llama ahora la “lectura de los signos”, ha logrado corregir un uso ingenuo de los textos, de los documentos de la Historia, no puede pretender con sus orientaciones anular otros modos de hacer historia de las mujeres. Para Pomata, las mujeres y su historia no se resumen en la historia de la construcción de discursos convergentes, sean estos filosóficos, religiosos o médicos. No se resumen tampoco en dar cuenta de la construcción histórica de estos discursos para elaborar a partir de ello su deconstrucción. Para ella es reductora la actitud americana que pretende que las “mujeres no existen más que como discurso que debe ser deconstruido”. Reivindica también un territorio de la “existencia” y de la “experiencia” femenina, conectando de este modo la atención que la historiografía feminista francesa ha prestado al análisis de la práctica femenina del pensamiento, a la razón de las

mujeres contenida en los discursos femeninos y feministas de la historia de la modernidad (Pomata, 1992).

No obstante, la influencia americana se ha hecho patente en Europa en el modo de hacer la historia de las mujeres como historia del género. Se encamina ésta a explicar las prácticas culturales mediante las cuales se crean los significados de la diferencia sexual, a partir de los análisis de los procesos discursivos del poder, que son los que organizan y legitiman las diferencias. Desde esta perspectiva, explicar a las mujeres no es tanto conocer lo que hicieron en el pasado, ni preguntarse por las determinaciones sociales padecidas por las mujeres, sino llegar a comprender el significado “de las actividades de los sexos a través de la interacción social concreta”, lo que equivale a desplazar las preguntas desde los hechos y las determinaciones materiales hacia el análisis del lenguaje y de la producción social de los significados. De este modo se representa la actividad humana “reconociendo al mismo tiempo sus determinaciones lingüísticas y culturales”. En América, el debate es agrio entre los historiadores. Scott descubre sus enemigos en aquellos historiadores cuyos análisis descuidan el lenguaje y su funcionamiento, aquellos que “*no utilizan un método de análisis que demuestre cómo funciona el lenguaje en la construcción de la identidad social, y de qué forma ideas como las de clase se convierten a través del lenguaje, en realidades sociales*”. Y recuerda a los historiadores que no deben considerar

el lenguaje únicamente como un instrumento para comunicar ideas, sino como algo que “*crea significados dentro de los procesos de significación*”. Para ella las ventajas teóricas de su método son evidentes cuando dice que “*si en el pasado, por influencia de las ciencias sociales, el feminismo daba por supuestos la identidad y la experiencia de las mujeres, ahora los nuevos enfoques postestructuralistas relativizan esta identidad y la despojan de su base en una “experiencia esencializada”, con lo que se fomenta la controversia, la contradicción ideológica y se revelan las realidades en función de las relaciones cambiantes del poder*” (Scott, 1989).

Como puede comprobarse, la diversidad de los procedimientos y las corrientes epistemológicas están relacionadas con el lugar de origen, con el país y sus tradiciones culturales. De ese modo hoy podemos hablar de un feminismo americano y otro europeo, que se conocen y se comunican, pero que mantienen sus diferencias, las cuales, a su vez, nos remiten a los modos particulares de hacer Historia a uno y otro lado del Atlántico. La diversidad parece ser el signo de los tiempos, pero en la historia de las mujeres ésta es una diversidad llena de semejanzas, originadas, por un lado, en lo que fue un empeño intelectual compartido por las teóricas feministas y, por otro lado, en las concomitancias que el feminismo mantuvo con el hacer de las ciencias humanas y sociales. Con el hacer plural de la Historia.

A modo de conclusión.

Ahora debemos volver al punto de partida de nuestro recorrido, para enfatizar la complejidad alcanzada por la que hoy denominamos, en atención a su origen, "Historia de las mujeres". Debemos significar que lo que comenzó siendo un empeño intelectual de las mujeres, que daría lugar a un modo "particular" de hacer Historia, es hoy un proyecto menos "particular", en la medida en que es un modo de trabajar la Historia ampliamente conectado con los desarrollos historiográficos de los últimos veinte años. Porque la historia de las mujeres se ha construido en paralelo a las otras contrucciones recientes de la Historia y ha compartido con todos los historiadores las crisis recientes, los grandes problemas teóricos y metodológicos recurrentes, que han afectado profundamente el modo de escribir la Historia hoy. Desde la historia de las mujeres no siempre se han querido reconocer los préstamos y las alianzas (lo cual se comprende si se piensa cuántas resistencias han tenido que ser vencidas por las mujeres para afirmar su "punto de vista", cuán agrios han sido los debates mantenidos con los historiadores al respecto y cuántas distancias persisten aún con determinadas corrientes de la Historia).

La historia de las mujeres es hoy más compleja que en el pasado, más diversa en sus orientaciones y en sus procedimientos. Conoce ampliamente los debates lo que le viene de fuera y

emplea en su quehacer las orientaciones metódicas que existen hoy entre las corrientes afirmadas de la Historia. Se relaciona, en su práctica, con lo que son hoy las "formas" de la Historia. No obstante, en algunos casos las historiadoras feministas siguen haciendo reserva de los temas y se refieren sólo a mujeres como tema y privilegian las cuestiones "específicas" en la llamada historia de las mujeres, o del género. En su versión americana, esto afecta también a la teoría y se ha pretendido incluso que podría constituirse un saber propio desde la historiografía feminista. Un saber que, habiendo roto con la "universalidad" pretendida por la ciencia, se constituiría, en consecuencia, como un modo de pensar propio, diferente y, a menudo, en contraste con lo que son hoy posiciones teóricas afirmadas en las ciencias sociales y en la historia. Y, en la práctica, en alianza con las críticas "radicales" hechas a los presupuestos del estructuralismo y de la modernidad, desde un sector ruidoso e importante del mundo académico americano.

En Europa, los planteamientos son menos radicales, o quizás menos sencillos al respecto. El feminismo, aquí, ciertamente se ha visto obligado a marcar muchas distancias con el modo de proceder de los historiadores y con las teorías afirmadas en las ciencias sociales que les son habituales. Pero, a este lado del Atlántico, los desacuerdos teóricos parecen menos fuertes y, en consecuencia, la separación querida por las

historiadoras no ha sido tan profunda; los puentes parecen haber estado siempre tendidos, al menos en lo que al debate intelectual se refiere. En Francia, por ejemplo, la historia de las mujeres ha compartido los modos de hacer propios de la historia social y de la historia cultural, tal y como allí se han desarrollado en los últimos tiempos. Ha buscado la “integración” de los estudios, más que la separación. En relación ha ello se ha dicho que, en el país vecino, la “mixité” entre los sexos es un hecho cultural que ha caracterizado históricamente las relaciones entre hombres y mujeres, y que esto posiblemente ha proporcionado la base para una ciencia más tendente a la integración y a la universalización de los conocimientos que a la desintegración de estos. En España, sin embargo, nos falta una reflexión sobre estas cuestiones. De parte de los historiadores hay un gran desconocimiento de lo que es hoy la historia de las mujeres y de parte de las historiadoras feministas persiste la desconfianza inicial hacia la comunidad intelectual a la que pertenecen. Lo que aquí tenemos es, en mi opinión, una situación de desconocimiento y de falta de relación entre los historiadores que fácilmente limita las posibilidades de desarrollo de la Historia de unos y otras. Por eso escribir “mujeres e historia” ha sido para mí, tanto desde la perspectiva investigadora como desde su función social a través de la enseñanza de la historia, un modo de entrar en el debate de la historia y un modo de

reclamar una comunicación que estoy segura desentraña nuevas posibilidades para la Historia y para su enseñanza. Que es de las mujeres, pero no sólo.

Bibliografía citada.

- AMELANG, J.; NASH, M. (1990): Historia y género. Valencia, Alfons el Magnànim.
- BOCK, G.: (1991) “La Historia de las mujeres y la Historia del Género: aspectos de un debate internacional”, en *Historia Social*, nº 9.
- BURKE, P.: (1993) Formas de hacer historia. Madrid, Alianza.
- CHARTIER, R.: (1992) El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación. Barcelona, Gedisa.
- DUBY, G. y PERROT, M.: (1992) Femmes et histoire. París.
- DUBY, G y PERROT, M.: (1993) Historia de las mujeres. Barcelona, Taurus.
- FARGE, A.: (1991) “La Historia de las mujeres. Cultura y poder de las mujeres. Ensayo de historiografía”, en *Historia Social*, nº 9.
- FARGE, A.; PERROT, M.: (1992) “Debat” en *Femmes et Histoire*. París.
- POMATA, G.: (1992) “Histoire des femmes, histoire du genre” en *Duby-Perrot: Femmes et Histoire*. Op. cit.
- SCOTT, J.: (1989) “Sobre el lenguaje, el género y la historia de la clase obrera” en *Historia Social*, nº 4.
- SCOTT, J.: (1990) “El género una cate-

goría útil para el análisis histórico”
en Amelang- Nash, op. cit.
SCOTT, J.: (1993) “Historia de las mu-

jes” en P. Burke, op. cit.
V.V.AA.: (1979) *L’histoire sans qualité*.
Paris.